

maíz para atender á las necesidades del pueblo. Pero por grande que fuese el acopio, pronto se debia agotar en una poblacion numerosa como era la de Méjico. Para acudir á ese remedio, el cuidadoso virey envió comisarios á Chalco, Toluca y Celaya, con órden de que comprasen todo el maíz que á esas provincias les sobraba, y lo enviasen á la capital. Mientras se recibian nuevas cantidades de grano, la gente se proveia en la alhóndiga, agolpándose diariamente á ella millares de personas que se atropellaban unas á otras para ser las primeras en conseguir el maíz. Las disputas se sucedian sin interrupcion, y no teniendo contra quien desfogar su ira, insultaban á los encargados del despacho, y murmuraban del gobernante, como si él fuese causa de la escasez que se sufría. No faltaron algunas personas malignas entre el vulgo, que dijese que los comisarios enviados por el virey no habian ido para favorecer á los pobres, sino para monopolizar el maíz y venderlo á mas subido precio, sacrificando á la clase pobre. Esta injusta acusacion tomó pronto cuerpo en el vulgo, y las murmuraciones crecieron, presentando al virey como un tirano. Acogida la idea por la multitud, el aprecio que hasta entonces habia tenido al conde de Galve se convirtió en odio. Solo faltaba un pretexto para romper la valla del respeto, y ese pretexto no tardó en presentarse. A las cuatro de la tarde del 18 de Junio, la gente se hallaba agolpada, como siempre, á la entrada de la alhóndiga, pidiendo maíz y llenando de insultos á los encargados de repartirlo, que eran un mulato y un mestizo. La mayor parte de los solicitantes del grano eran indios de los barrios de la ciudad. En

medio de la confusion y de las exigencias de la multitud que invadia la alhóndiga, se ignora por qué causa el mulato y el mestizo dieron un palo á una de las indias solicitantes, que la privó de la vida. Los indios, dando gritos de indignacion, cogieron el cadáver, y marcharon en gran número á quejarse á las casas arzobispales. Como no correspondia al arzobispo el entender en causas de justicia, se les dijo que se dirigiesen á palacio. Los indios, volviendo á cargar el cadáver para excitar mas la indignacion, marcharon á donde se les habia dicho, y solicitaron ver al virey para pedir justicia. El conde de Galve se hallaba á la sazón en el convento de San Francisco, y los soldados, en consecuencia, negaron á los indios la entrada á palacio, haciéndoles saber que estaba fuera. Viendo contrariado su deseo, marcharon en tropel por la calle del Reloj, cargando siempre el cadáver de la india, al barrio de San Francisco Tepito, de donde era, de la gobernacion de los indios de Santiago Tlatelolco. Entretanto, la plaza en que se halla el palacio seguia llena de indígenas que habian ido en compañía de los quejosos. Muchos de ellos, en cuanto se alejaron los que llevaban el cadáver, trataron de entrar á palacio por la fuerza, tirando piedras á sus puertas y balcones y dando voces contra el virey. El alférez de guardia José de Peralta, con nueve soldados que formaban toda la fuerza que tenia, se opuso con valor, y armado de espada y rodela rechazó á los indios, siguiéndoles hasta el átrio de la catedral. Entonces tomaron parte centenares de indígenas de los que ocupaban la plaza, y empezaron á descargar un diluvio de piedras sobre los nueve soldados. El alférez recibió



una pedrada en la mano que le hizo soltar la rodela; pero volviendo á recobrarla, empezó á retirarse con su gente, que no llevaba armas de fuego, y entró á palacio sin poder oponer otra resistencia que la de cerrar las puertas.

Los indios, apoderándose de los palos y petatés con que estaban formados varios bodegones que se hallaban en la plaza, enfrente del palacio, los arrimaron á las puertas y les prendieron fuego. Igual cosa hicieron en la cárcel, oficios de provincia, horca y casas de Cabildo de la ciudad. A las seis de la tarde, todas las puertas de los edificios mencionados ardian en medio de los gritos de los amotinados indios y de las pedradas que continuaban tirando sobre los soldados que habian subido á la azotea para defenderse desde allí. En esos momentos pasaba el arzobispo en su coche por la casa Diputacion, recibiendo uno de los cocheros una terrible pedrada que le derribó en tierra. Es de creerse que los amotinados arrojaron las piedras sin conocer que fuese el carruaje del prelado; pero parte de la plebe, que se hallaba cerca, le aconsejó que se retirase, lo cual ejecutado, quedaron los indios sin oposicion. Podian los soldados que se hallaban en la azotea de palacio, armados ya de arcabuces, haber disparado sobre la multitud, causando graves daños; pero el capitán D. Pedro Manuel les mandó que solo disparasen con pólvora, con objeto de hacer despejar la plaza sin herir. Los indios, viendo que ningun daño recibian de los disparos, decian en su idioma que los soldados no tenian plomo; y alentados con esto, multiplicaron la lluvia de pedradas sobre ellos, dirigiéndoles palabras las mas ofensivas y ultrajantes. Algunos soldados, indignados de verse

insultados y agredidos, faltando á las órdenes del capitán, dispararon con bala unos cuantos tiros, hiriendo y matando, aunque á muy pocos, pues mandados por su jefe, tuvieron que acudir á salvar las alhajas y otros objetos del virey y su esposa, ayudando á varios caballeros que el conde de Galve envió con ese objeto desde San Francisco, donde le cogió el tumulto. La vireina, con parte de su familia, logró al principio del movimiento salir de palacio y reunirse á su esposo. La fortuna de ambos fué verse amparados del asilo sagrado, pues los indios, sedientos de su sangre, los habian buscado con ansia, y recorrian las calles gritando: «¡Viva el rey y muera el mal gobierno!» Todos los vecinos de la ciudad, españoles y mejicanos, cerraron sus casas y atrancaron sus puertas. Con la entrada de la noche creció la confusion y el espanto en las familias que no eran indios, y la osadía de los naturales. Varias tiendas fueron robadas por los amotinados, y el incendio continuaba devorando el palacio, la cárcel, la alhóndiga y otros edificios. Todo era espanto y terror. No pudiendo las autoridades comunicar orden ninguna para reunir alguna fuerza, pues cada individuo se hallaba aislado, la ciudad se encontraba en situacion la mas afflictiva. Viendo el abad de San Pedro y tesorero de la catedral, D. Manuel de Escalante, que no habia defensa temporal, determinó valerse del recurso espiritual para contener á los amotinados. Lleno de noble celo por el bien de la sociedad, y despreciando el peligro, sacó del Sagrario el Santísimo Sacramento, sin mas compañía que la de tres monacillos, dos sacerdotes clérigos y un religioso de Santo Domingo, y



saliendo de la iglesia se presentó en la plaza, llevando reverentemente la custodia. Así se acercó á palacio; y viendo que el fuego se habia apoderado de la fachada principal y que era precisa su ruina, retrocedió hácia la cruz de piedra del átrio de la catedral. La multitud, dominada por el sentimiento religioso á la vista del Santísimo Sacramento, le siguió, pidiendo á voces misericordia. Avisado entonces de que se acababa de pegar fuego á las casas del marqués del Valle, se dirigió á veloz paso hácia el sitio, y exhortó á los indios que estaban atizando, á que apagasen el fuego en obediencia y veneracion de Su Divina Majestad que llevaba en las manos. Los indios, llenos de respeto y veneracion, obedecieron, cortando á toda prisa el incendio. Sin detenerse un solo instante, marchó de allí á la Casa de Moneda, que estaba amenazada de ser entregada á las llamas, llegando en los momentos en que iba á ponerse en ejecucion el intento. Los incendiarios apagaron sus teas, y lejos de poner fuego al edificio, acompañaron al ministro del altar por la calle del Reloj y de las Escalerillas, evitando nuevos desmanes. Viendo el presbítero sochantre de la catedral, D. Nicolás de Rivas y Mendoza, calmada la ira de los tumultuarios, les predicó en su lengua azteca, exhortándoles á la paz y quietud, suplicándoles que se retirasen á sus casas. Los indios ofrecieron obedecerle, y se retiraron tranquilamente. Ni una sola cara blanca se veia entre los que habian acompañado al Divinísimo, mas que la de los mismos sacerdotes y monacillos.

Alcanzado por aquel rumbo el sosiego, el expresado presbítero D. Nicolás de Rivas y Mendoza envió recado

á los religiosos de la Merced y de la Compañía de Jesús, pidiéndoles que saliesen á solicitar por otros puntos la quietud perturbada, dándoles cuenta del respeto que habian manifestado los indios. Así lo hicieron, y se presentaron en la plaza para cumplir con su noble mision. Los indios que aun habian quedado en ella entregados al robo de algunas tiendas, obedecieron sin oponerse en nada.

En aquellos momentos se presentaron á caballo en la plaza, el conde de Santiago y su hermano D. Fernando de Velasco, D. Juan de Serecedo, caballero de la órden de Santiago y contador de tributos, y D. Pedro de Avendaño, á reconocer, por órden del virey, si el tumulto era general. Entonces vieron que habian sido quemados doscientos ochenta cajones que habia en la plaza, las casas de Cabildo y el archivo de su Secretaria, así como el de la Contaduría, los oficios de la Audiencia, en la parte baja, los coches y mulas del corregidor D. Juan de Villavicencio, que vivia en las referidas casas de Cabildo, la entrada de la alhóndiga, el palacio, principalmente la parte habitada por el virey, las salas de la Audiencia de lo civil y criminal, el oficio de cámara hasta la sala del Real acuerdo, la cárcel, de donde salieron los presos por una ventana al tiempo que se quemaba, y la sala alta de la Armería.

Eran las nueve de la noche cuando hicieron este reconocimiento. El tumulto habia cesado, y no encontraron gente ninguna ya en la plaza. El conde de Santiago volvió á San Francisco á dar cuenta al virey de lo que pasaba, y la ciudad quedó envuelta en el pavor y en el silencio. «Corrió la noche», dice un testigo presencial de



los hechos, «por cuenta de los indios, que nos hicieron la vida de merced á todos, pues ninguno solicitó mas defensa que la suya, encerrándose en su casa cada uno» (1). Los jesuitas y demás religiosos se retiraron á sus respectivos conventos, y solo el doctor D. Juan de Escalante, fiscal del crimen, se quedó con algunas personas, haciendo esfuerzos por atajar el incendio de palacio.

Uno de los individuos que se distinguió por el importante servicio que prestó á las letras durante el conflicto, fué el notable poeta y matemático mejicano D. Carlos de Sigüenza y Góngora. El ilustre literato, al tener noticia de que habian puesto fuego á las casas de Cabildo, en cuyo archivo se hallaban preciosos manuscritos referentes á la historia antigua de Méjico, corrió á salvarlos, acompañado de varios amigos, y logrando, por medio de una escalera de mano, subir á los balcones del edificio, que estaba ardiendo por abajo, entró en la pieza, se apoderó de los códices y libros capitulares, que fué arrojándolos á la calle, donde habia dejado quien los cuidase, y terminada su noble empresa, salió cuando las llamas, invadiendo la pieza, no le permitieron continuar su noble tarea (2).

El virey, deseando que la ciudad no careciese al si-

(1) Este testigo fué el lic. D. Antonio de Robles, presbítero, colegial del colegio de San Pedro, que iba apuntando diariamente los sucesos que se verificaban en el país. A él he seguido en la relacion del tumulto, seguro de que es exactísima, puesto que no la escribió para publicarla, sino por curiosidad de apuntar los hechos de la manera que pasaban, para no olvidarlos.

(2) En el *Diario* del presbítero colegial D. Antonio de Robles, no se refiere este hecho de Sigüenza; pero no es de extrañar que algo dejase de referir por olvido.

guiente dia de pan, envió en la misma noche una orden á los panaderos para que sin excusa ninguna amasasen, imponiéndoles graves penas si no obedecian lo dispuesto. El temor al castigo y á ser blanco de la ira popular, obligó á los dueños de panaderías á obsequiar la orden, aun cuando no sacasen por entonces utilidad de su trabajo.

Al siguiente dia fueron á San Francisco los oidores, varios caballeros, el conde de Santiago, y como doscientos hombres á caballo por el virey. El conde de Galve montó en un arrogante corcel, y salió con ellos. Iba vestido de negro y con valona. La vireina y su familia iban por delante en su carruaje. Las aclamaciones de «¡viva el rey y el conde de Galve!» se escuchaban por todas partes. Al llegar junto á la Profesa se encontró con el arzobispo D. Francisco de Aguiar y Seijas que le aguardaba. Allí entró en el coche del prelado, y despues de dar vuelta al rededor de la plaza viendo el estrago que habia causado el fuego, fué á las casas del marqués del Valle, donde se quedó á vivir, puesto que el palacio estaba inhabitable. Inmediatamente se publicaron bandos para asegurar la tranquilidad. Se repartieron seis compañías de caballería en sus correspondientes puestos militares; se nombró por maestre de campo general á D. Juan de Velasco, conde de Santiago; comisario general á D. Teobaldo Gorraez; maestre de campo del tercio, al mariscal de Castilla; sargento mayor á Don Agustín Flores, y capitanes á diversos caballeros muy estimados en la sociedad. A esta fuerza se agregaban dos compañías de negros, de los nacidos en el país, y otras dos de mulatos, naturales tambien de la Nueva



España. Era gente altiva y valiente y que estimaba en mucho pertenecer á las distinguidas milicias.

Como la gente no estaba acostumbrada á motines sino á la tranquila paz, el mercado careció de gallinas, fruta y verdura por espacio de media semana, y el comercio no se atrevió á abrir sus tiendas sino despues de tres dias. La policía, por órden del virey, trató de descubrir á los que, en medio del motin, se habian entregado á saquear los cajones de la plaza, dejando arruinadas á varias familias. Pronto redujo á prision á varios indios y mestizos, hombres y mujeres, logrando recoger el primer dia muchísimas piezas de ropa robada. Ascendia el valor de lo recogido en ese instante, á setenta mil duros, y el consulado lo repartió inmediatamente á sus dueños. Mucha mayor cantidad de ropa se recogió en los barrios el dia 11, pues temerosos los que la habian robado de ser aprehendidos por la policía, la arrojaron por la noche á la calle, plazuelas y acequias, haciendo el consulado con ella lo que habia hecho con la anterior. Todos los que tenian algo de lo que habian cogido, lo fueron entregando á la autoridad, viéndose á poco los dueños en posesion de lo que habian perdido.

Descubierto quienes habian sido los indios que acaudillaron el motin, se les redujo á prision inmediatamente. Los primeros que sufrieron la pena de muerte fueron cuatro que habian puesto fuego al palacio. Uno de ellos era cojo, zapatero del barrio de Monserrate. Fueron fusilados al pié de la horca, y sus manos, que les fueron cortadas en seguida, se colocaron en lo alto de unos largos palos sobre la misma horca y en la

puerta de palacio. A estas ejecuciones siguieron otras cuatro, siendo castigados con la pena de azotes algunos de los que no habian hecho un papel muy importante.

Habiendo averiguado el conde de Galve que el motin habia provenido de algunos indios ociosos y entregados al vicio de la bebida, dispuso que viviesen en sus respectivos barrios y no en casas de vecindad del centro de la poblacion, en donde, con pretexto de servir, se ocupaban en el mal, se ocultaban de los recaudadores de tributos y no cumplian con las obligaciones del cristiano. Para evitar nuevos alborotos, prohibió la venta del pulque, bebida regional á que eran muy aficionados los indios y á la cual se entregaban con exceso. Esta prohibicion duró por espacio de un mes, pues el 31 de Julio se hizo saber, por medio de pregon, que se vendiera el pulque puro, sin mezcla de una raíz que lo hacia dañoso y embriagante (1).

No bien tuvieron noticia el gobernador y los indios principales de Tlaxcala de los acontecimientos de Méjico, cuando se pusieron inmediatamente en camino para la capital, llegando á ella el dia 14. Dirigiéndose sin detenerse á la presencia del virey, le manifestaron que estaban dispuestos á defenderle, y que dispusiese lo que gustase. El conde de Galve les dió las gracias, y les

(1) Algunos escritores han creido que la prohibicion fué por varios años; pero esto hubiera sido un mal, pues el pulque es, usado con moderacion, una bebida muy estomacal y necesaria en Méjico. Es el vino de aquel país, y pocas son las familias que no lo toman en las horas de comer. La prohibicion duró hasta el 31 de Julio, como se ve por el siguiente apunte del *Diario* que llevaba el presbitero colegial D. Antonio de Robles. «Pregon. — Jueves 31, se pregonó se vendiera en la plaza el pulque sin raíz, que es medicinal.»